

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO.

SERIE V. } Quito, mayo 15 de 1891. } NUMERO 38.

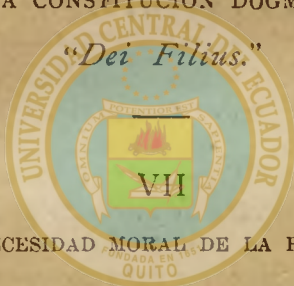
ESTUDIOS RELIGIOSOS

DEL R. P. MANUEL JOSE PROAÑO, S. J.

Profesor de Religión en esta Universidad Central.

LA EXPOSICION DOCTRINAL

DE LA CONSTITUCION DOGMATICA



DE LA NECESIDAD MORAL DE LA REVELACION.

La historia del linaje humano demuestra evidentemente la insuficiencia de la razón, de la filosofía y de todos los esfuerzos é industria de los hombres para dar á Dios un culto digno de la divinidad y para contener al hombre en el deber y apartarle del vicio. De donde se infiere justamente que fué necesaria al efecto alguna *intervención de Dios, alguna revelación*; por más que contra esta necesidad oponga el racionalismo argumentos sacados de la tan decantada excelencia y perspicacia de la razón. He aquí la importante verdad que va á ser objeto del presente *estudio religioso*. Mas antes de discurrir sobre la materia, creemos oportuno fijar bien el sentido de este aserto; pues acaece muchas veces que la falta de esta fijación da pie á dificultades muy serias.

Advertimos, pues, desde luego 1º que aquí no se trata de algún *individuo particular ó singular*, sino de toda la *especie humana*: de modo que aun concediendo que un hombre tuviese tan excelente ingenio y tal concurso

de circunstancias que fuese capaz, por sí sólo, de conocer todas las verdades del orden natural; de esto no se seguiría que también pudiese hacerlo todo el género humano. Advertimos 2º que aquí no se habla de ciertas y ciertas verdades en particular y por separado; pues no puede negarse que algunas de ellas están al alcance de nuestra razón: sino que se habla de todo el complejo de verdades naturales que son necesarias para llevar una vida honesta, moral y religiosa, conforme en todo con el orden natural. Advertimos 3º que aquí no se trata tampoco de un conocimiento cualquiera, de un conocimiento dudoso, probable, conjetural, el cual ciertamente no basta para hacer con constancia una vida honesta; sino de un conocimiento *cierto y firme*. Advertimos 4º que aquí no se niega al hombre la *facultad física* de conocer todas las verdades naturales, siendo así que realmente la tiene; sino que se afirma tan sólo que la razón del hombre tropieza con tantas dificultades y obstáculos, que *de hecho* no puede actuarse de modo que alcance con su solo estudio é industria el conocimiento de todas las verdades morales y religiosas. Advertimos, en fin, que aquí no se afirma *directamente* la necesidad de la revelación, sino la de *alguna intervención de parte de Dios*, quien sin duda tiene á la mano muchos medios para satisfacer á las necesidades de los hombres; mas como de entre esos muchos medios se ha servido de la revelación, según consta, siguese que en el orden de los hechos podemos afirmar indirectamente la *necesidad moral* de la revelación, aun respecto de las verdades naturales.

Hechas estas advertencias, podemos ya demostrar sin tropiezo nuestra proposición. La primera prueba es histórica y la tomamos de Bossuet en su maravilloso *Discurso sobre la historia universal*, 2ª part. c. 16. “Las naciones más cultas é ilustradas, dice, tales como los caldeos, egipcios, fenicios, griegos y romanos, eran los más ignorantes y ciegos en punto de Religión: tan cierto es que es *necesario* ser elevado á ella por una gracia particular y una sabiduría más que humana. ¿Quién tendrá valor para contar las ceremonias de los dioses inmortales y de sus impurísimos misterios? Sus amores, crueldades, celos, envidias y toda clase de excesos eran objetos de sus fiestas y de sus sacrificios, de los himnos que se cantaban y de las pinturas que se consagraban en sus templos. El

crimen era adorado y reconocido como necesario en el culto de sus dioses. El más grave de entre los filósofos prohíbe el beber con exceso, excepto en las fiestas de Baco, ó en honor de este dios. Otro, después de haber vituperado y afeado severamente las imágenes deshonestas é impúdicas, exceptua las de los dioses que quieran ser honrados con estas infamias. No se puede leer sin un asombroso estupor los honores que convenía dar á Venus y las prostituciones instituidas para adorarla. La Grecia, tan alabada de culta y sabia, en medio de su cultura, había admitido todos estos abominables misterios. En los negocios interesantes los particulares y las repúblicas dedicaban rameras á Venus, y la Grecia no se avergonzaba de atribuir su libertad á las oraciones que tales mujeres hacían á la diosa. Después de la derrota de Jerjes y de sus formidables ejércitos, se puso en su templo un cuadro en que estaban representados sus votos y procesiones con esta inscripción del famoso poeta Simónides:—*Estas rogaron á la diosa Venus, la cual, por amor suyo, ha salvado á la Grecia.* Ya que tratasen de adorar al amor, parece que debía ser á lo menos al amor honesto; pero nada de eso. Solón, ¿quién lo creyera? ¿quién hubiera esperado de un hombre tan grande infamia? Solón, repito, erigió en Atenas el templo de Venus prostituta, ó del *amor impúdico*. Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados á este dios, y el *amor conyugal* no tenía ni uno siquiera en todo el país. A la verdad detestaban el adulterio en los hombres y las mujeres, y la sociedad conyugal era entre ellos sagrada; pero cuando se aplicaban á la Religión, parecían poseídos de otro espíritu y perdían las luces de la razón. La gravedad romana no trató á la Religión más decorosamente, pues consagraba al honor de los dioses las impudicicias del teatro y los espectáculos sangrientos de los gladiadores; es decir, cuanto se puede imaginar de corrompido y cruel. No sé si las locuras ridículas que se mezclaban en la Religión eran aún más perniciosas por el desprecio que hacían recaer sobre ella. En verdad ¿cómo podía conservarse el respeto debido á las cosas divinas, en medio de las impertinencias contenidas en las fábulas cuya representación ó recuerdo formaban una parte tan principal de aquel culto? Todo el ejercicio público de la Religión no era más que una profanación continua, ó más bien, una

irrisión pública del nombre de Dios; y era preciso que hubiese allí alguna potencia enemiga de este sagrado nombre, el cual para envilecerle incitase á los hombres á usarle en cosas tan despreciables, y aun á atribuírsele y prodigarle á sujetos tan indignos. Si algunos filósofos se atrevían á enseñar que las estátuas no eran dioses, según creía el vulgo, se veían obligados á desdecirse, y aun después eran desterrados como impíos, por sentencia del Areópago. Todo el mundo estaba envuelto en el mismo error; la verdad no osaba parecer. El verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, no tenía templo, ni culto, sino en Jerusalén. Cuando los gentiles enviaban á él sus ofrendas, no hacían otro honor al Dios de Israel que ponerle entre sus dioses. Sólo la Judea conocía su santa y severa emulación, y sabía que dividir la Religión entre El y los otros dioses, era destruirla.—“*Notus in Iudaea Deus: in Israel magnum nomen eius.* (Ps. 75).”

Tal es el verdadero cuadro del tristísimo estado de los pueblos más cultos y famosos de la antigüedad pagana. Él nos manifiesta cuán poco puede la razón humana abandonada á sus propias fuerzas, ó hecha esclava de pasiones nefandas. Errores monstruosos, vicios profundos, escándalos horribles es todo lo que nos presenta la historia en sus páginas para convencernos de la necesidad de un magisterio divino, de una enseñanza sublime, única capaz de disipar las sombras que por tantos siglos se habían extendido sobre toda la tierra. Porque si así erraron las más sabias naciones; ¿qué no deberemos pensar de los pueblos bárbaros y salvajes, entregados á los feroces instintos de una naturaleza enferma, y más que enferma, moribunda?

Ni se crea (y esta es la segunda prueba de nuestro aserto) que tantos errores, vicios y escándalos, en el orden moral y religioso, fuesen patrimonio exclusivo del vulgo, de las gentes iliteratas, no; porque aun los más renombrados filósofos, las más célebres escuelas y academias fueron víctima lastimosa del vértigo que se había apoderado de la pobre inteligencia humana. Los pirrónicos y escépticos minaban la sabiduría en su base, negando la certeza y sacrificando la razón á las eternas fluctuaciones de la duda; los académicos, en su loca presunción, no hacían más que atacar y destruir, sin edificar cosa alguna de provecho; el epicureismo marcó su propia

frente con oprobioso estigma; la doctrina pitagórica se envolvió en obscuridad densísima, en supersticiones ridículas, en sus números inextricables; los peripatéticos, en su insoportable pedantería, muy poco dicen fuera de los oficios y deberes de los ciudadanos y de las instituciones de la Grecia; lo cual aprovecha muy poco al resto de las gentes.

Qué más? Platón el *divino Platón*, á quien tanto ensalzan algunos que acaso nunca le leyeron, incurrió en errores garrafales y enseñó doctrinas monstruosas. Hizo partícipes de la divina esencia á los astros, á la tierra, á los demonios; recomendó la comunidad de las mujeres; permitió su uso vago y libre, y el matrimonio de hermanos; aprobó la embriaguez en las fiestas de Baco y prescribió que gladiadores de uno y otro sexo combatesen completamente desnudos. Aristóteles habló tan obscuramente de Dios, que muchos le tuvieron por ateo; no negó la Providencia, mas la restringió únicamente á los cuerpos celestes; su doctrina sobre la inmortalidad del alma es dudosa, incierta; los argumentos con que trata de probar su nueva opinión sobre la eternidad del mundo son fútiles, pobrísimos. Aristóteles no condena ni el aborto voluntario, ni la crueldad con los infantes; aprueba las imágenes torpes y lascivas de los dioses. Los estoicos, esos discípulos orgullosos de Zenón, para quienes el fuego era Dios, defendían el fatalismo, aprobaban el comercio ilícito de los dos sexos, el incesto del padre y de la hija, de la madre y del hijo; y para precipitar de una vez al hombre en el abismo de soberbia intolerable, enseñaban que *algo* había en que el varón sabio pudiese aventajar al mismo Dios: y ese algo es que Dios no era sabio sino por beneficio de la naturaleza y no por propio mérito: enseñaban asimismo que Dios no era más dichoso que el sabio, aunque sí más antiguo.

Interminables seríamos si tratásemos de hacer un prolijo recuento de todas las aberraciones y delirios de los filósofos y sabios del mundo que no han contado sino con los esfuerzos de la razón abandonada á sí misma. Basta recordar lo que dijo Cicerón á este propósito:—“*Nihil est tam absurdum, quod dictum non fuerit ab aliquo philosophorum: no hay absurdo tan absurdo, que no haya sido pronunciado por alguno de los filósofos.*” Tan cierto es esto, que el mismo Bayle, á quien con tanta do-

cilidad escuchan los incrédulos, no dudó decir:—“La razón es un principio de destrucción y no de edificación; no vale sino para formar dudas, y volverse hacia todas partes para eternizar una disputa, hacer conocer al hombre sus tinieblas, su impotencia y la necesidad de una revelación: esta es la de la Escritura.”—“Es necesario considerar, dice en otra parte, que lo que á nosotros nos es tan fácil y manifiesto, porque Dios nos ha hecho la gracia de comunicarnos su revelación, no lo era para aquellos que no tenían más guía que la naturaleza. El entendimiento humano abandonado á sí mismo, se extravía fácilmente, y pierde el dorrotero en un mar tan vasto y borrascoso. . . . Nos asemejamos á aquellos hombres que habiéndose servido de un buen telescopio para ver los satélites de Júpiter, creerían que los demás los habrían visto fácilmente por la simple vista, si hubieran querido.”—Montagne en su obra *Essais*, l. 2, c. 12, después de haber referido los errores de los filósofos y de los pueblos gentiles, exclama:—“oh Dios, ¿y qué obligación no tenemos á la benignidad de nuestro Soberano Hacedor por haber librado nuestra creencia de esas opiniones vagas y arbitrarias, y haberla colocado sobre la base inmóvil de su divina palabra? Todo es vacilante en las manos del hombre ¿puedo yo tener el juicio tan docil?”—El mismo Platón no pudo menos de confesar la insuficiencia de la razón humana en aquellas hermosas palabras con tanta frecuencia repetidas por los apologistas del cristianismo. “En medio de nuestras incertidumbres, dice el filósofo, el partido que debemos tomar es esperar con paciencia que venga alguno á instruirnos del modo con que debemos comportarnos con Dios y con los hombres. El que os enseñará estas cosas es el que verdaderamente está solícito de vuestra felicidad. . . . Pues venga luego, responde Alcibíades, dispuesto estoy á hacer cuanto me prescriba, y espero que me hará mejor.”

Dirásenos acaso, si es verdad lo que decís de todos los filósofos, ¿cómo es que la veneranda antigüedad celebra los nombres de un Sócrates, de un Séneca, de un Trismegisto y de tantos otros? ¿cómo es que hoy mismo una multitud innumerable de sabios y de literatos ensalzan hasta el cielo el mérito y virtudes de los Epictetos, Cicerones y otros muchos cuya perfección moral se nos presenta como superior á la de los héroes del cristianismo?

Digna es esta objeción de una respuesta sólida. Nosotros nunca negaremos el tributo de admiración y de alabanza á aquellos filósofos; mas no olvidaremos que al dársele no consideramos una incorrupción é inocencia *absolutas*, sino puramente *relativas*, en cuanto dichos filósofos fueron entre lo peor, lo menos depravado. Digan lo que quieran Voltaire, Rousseau y sus ecos, la verdad es que los más grandes filósofos gentiles estaban manchados de horrendos vicios y supersticiones. Sócrates, Cicerón, por ejemplo, despreciaban los ídolos y enseñaban que no se debía rendir culto sino á Dios; y sin embargo adoraban en público á los dioses falsos de quienes se burlaban en secreto, y enseñaban que no convenía inmutar cosa alguna en lo que concernía á la Religión, y decían que importaba mucho el que las ciudades conservasen todos sus errores en materias religiosas. Cicerón era esclavo de los perjuicios y supersticiones populares; decía que se maravillaba de que un arúspice no se riese de otro arúspice en sus ridículas ceremonias; y sin embargo exige que en Religión se guarden fielmente los ritos establecidos por los Pontífices y Arúspices. Sócrates juraba por su perro, por una encina, por un ánade, era muy lujurioso y se revolcaba con mujercillas perdidas, invocaba á los demonios, sacrificaba á Esculapio: los mismos antiguos dijeron de él que era maestro de la impostura, embaucador, hipócrita, bufón. Séneca, aquel estoico tan amigo de los cristianos, jamás se atrevió á alabarlos por miedo de los suyos y respeto á la costumbre. Reprendióle justamente San Agustín por haber publicado un libro lleno de todas las supersticiones del gentilismo y de la idolatría, prescribiendo que se conservasen á todo trance, si no como gratos á los dioses, á lo menos como prescritas por las leyes. ¿Y qué dice San Agustín de Trismegisto? Que ese sabio se precipitó en tanta necedad y demencia que se puso á llorar á lágrima viva las ruinas de Egipto que según él habían de ser consecuencia de la ruina de la idolatría. A esto se reduce toda la virtud y santidad del calendario del paganismo!

Santo Tomás de Aquino, en el l. c. 4 de su *Summa contra gentes*, nos da una prueba *á priori* de la insuficiencia de la razón humana en punto á la Religión y á la Moral, y, lo que es consiguiente, de la necesidad moral de la revelación. Para alcanzar un conocimiento cierto de

estas verdades, dice el Santo Doctor, se requieren muchas condiciones: es preciso tener tiempo, comodidad, sosiego, estudio, ingenio, apto magisterio ó enseñanza. Ahora bien, es un hecho innegable que la mayor parte de los hombres carecen de estos requisitos; porque, prescindiendo de los muchos que mueren en la flor de la juventud, ¿cuán pocos son, relativamente hablando, los que pueden emprender una larga carrera de estudios por falta del tiempo y de las comodidades? ¿Cuántos hay tardos de ingenio, volubles é inconstantes, descuidados y negligentes? ¿Cuántos se hallan de tal modo embarazados con mil negocios y atenciones que les impiden absolutamente consagrarse á la meditación, al estudio? Es, pues, la revelación moralmente necesaria para obviar tantos inconvenientes.

No se diga que este argumento de Santo Tomás prueba tan sólo que la mayor parte de los hombres deben aprender las verdades morales y religiosas por *via de autoridad*; pero que de esto no se infiere precisamente la necesidad de la intervención divina, ó sea, de la revelación; puesto que muy bien pudieran enseñar los sabios á los ignorantes: no se diga, repetimos, esto, porque ni los filósofos antiguos, ni los incrédulos modernos han presentado nunca un cuerpo íntegro y uniforme de doctrinas ni un código perfecto de moral; sus sistemas y teorías son infinitos y contradictorios; lo que el uno afirma, niega el otro; lo que éste tiene por cierto, lo tiene aquel por dudoso. Por otra parte ningún filósofo tiene en su magisterio el prestigio necesario para someter á sus discípulos, á causa de la repugnante oposición que ofrece la teoría y la práctica del mismo filósofo. En teoría nadie más virtuoso que un estoico; en la práctica, pocos más débiles y viciosos. Léanse, en prueba de ello, y medítense las gravísimas palabras del Apóstol San Pablo en su epístola á los romanos, c. 1, v. 21 y siguientes. “Habiendo, dice, los filósofos gentiles conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios, ni le dieron gracias; sino que *ensoberbecidos* devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas: y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios; hasta llegar á transferir á un simulacro en imagen de hombre corruptible, y á figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente á Dios incorruptible. Por lo cual

Dios los abandonó á los deseos de su *depravado* corazón, á los vicios de la impureza: en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos. . . . Pues como no quisieron reconocer á Dios, Dios los entregó á un réprobo sentido. . . . quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes á sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, desapiadados." Tal es la descripción que nos hace San Pablo de los sabios gentiles, y tal la que pudiera hacerse también de la mayor parte de los corifeos de la incredulidad moderna. Bueno es que nos fijemos en esto para corregir esa peligrosa propensión de no pocos cristianos, especialmente jóvenes, á elevar hasta los astros el mal seguro mérito de los sabios del mundo, y á deprimir por el contrario el heroísmo de la virtud y de la *santidad* cristiana. Por lo demás esta triste condición y carácter de la sabiduría humana prueba de un modo incontestable la moral impotencia del hombre para hallar la verdadera senda de la rectitud y justicia en orden á Dios, al hombre y á sus semejantes. Era, pues, la revelación *moralmente* necesaria.